

monio. Por ejemplo, el relato de los primeros días del alzamiento militar, que les sorprendió a ambos en Ibiza, no aporta nada informativamente a la versión que su mujer publicara con anterioridad. En esta segunda parte de las memorias de Alberti, en que le corresponde por cronología contar lo relativo a la guerra, pesan más la lealtad a la República y el feliz reencontro con España después de tan largo exilio, que la recuperación dolorida de la derrota. Por el contrario, las de María Teresa León, escritas durante los años sesenta, arrastran todavía viva la melancolía de la derrota y la pérdida de la patria; una memoria nostálgica, pues, a pesar de la dureza de los hechos evocados, recubre su relato de un tono emotivo y heroico que trasluce el orgullo de haber luchado por una causa grande: «... los días más luminosos de la vida fueron aquellos tres años de ojos brillantes, cuando la palabra camarada sustituyó al señor y la vida generosamente dada sustituyó a la mezquina» (1970:29). Y es que en la memoria abrasada todavía por la guerra, la lucha contra los sublevados es un motivo de orgullo y el dolor de la guerra, la seña de identidad que mantiene viva la llama de la República.

Tarde o temprano, más lo primero que lo segundo, el complejo de culpa o el simple oportunismo forzaron a la contrición de sus «pecados» a algunos de los autobiógrafos vencedores. Pedro Laín Entralgo inauguró un tipo de memorias confesionales que tuvieron especial fortuna en los años de la transición política. Publicado en 1976, *Descargo de conciencia* se convirtió en referencia y modelo de lo que se podían llamar las «memorias de arrepentimiento». En la peripecia vital de Laín la guerra ocupa un lugar central y decisivo. En la convulsa y politizada España de la década de los años treinta, un joven de veintiocho años se interroga sobre su verdadera identidad y la busca de manera vacilante, instado por convicciones contradictorias que parecen insolubles. Católico convencido y de derechas, ni se identifica con una Iglesia decimonónica sin preocupaciones sociales ni con la coalición monárquica que las rechaza también frontalmente. La sublevación militar y la consiguiente declaración de la guerra obligan y precipitan la definición de su autenticidad personal. La adhesión a la Falange, el «paso» a Pamplona desde Francia, la contemplación pasiva del fusilamiento de un anarquista, la consternación por el «paseo» que sus correligionarios habían dado a su suegro en Sevilla, el ascenso dentro del aparato de propaganda y cultura del Movimiento Nacional en 1938, ya en Burgos, son algunos de los jalones de esa definición a los que quizá la guerra le arrastró. Sin embargo, no parece que la imagen elegida para ilustrar ese recorrido, y para autoexculparse, se corresponda con tal currículum: «Desde el 18 de julio de 1936 hasta el término de la guerra civil, tu vida en apariencia,

al menos— va a ser el ir y venir de una pavesa movida por el violento, indomable torbellino que para ti está siendo la vida de tu patria» (Laín, 1976:173). Sin discutirle el valor testimonial y la sinceridad que se le supone, el *mea culpa* de Laín tiene dos limitaciones evidentes que lo minimizan. La primera proviene de su estructura discursiva, característica de la autobiografía del converso, que repudia el pasado erróneo o despreciable desde una posición presente satisfactoria, tal como reconoce al final de la suya: «Confesando mi conciencia la he descargado. Me siento más humilde y ligero. Humildemente, pues, diré ante el mañana incierto y transitable: Aún... Aún...» (1976:513). La segunda, y más relevante, es su carácter tardío y cierto oportunismo. El propio autor en una de las «epicrisis» con que cierra cada capítulo, por boca del juez (voz desdoblada de sí mismo) acepta esta objeción, al tiempo que se excusa con razones poco convincentes (1976:378).

Más convincente, si no el texto, por inacabado y póstumo, fue al menos la postura de Dionisio Ridruejo a la hora de entonar el *mea culpa*. Su «arrepentimiento», además de dar lugar a una disidencia pública con el franquismo, data de los cuarenta cuando, todavía reciente el desenlace de la guerra y por tanto el gesto encerraba un mayor riesgo, entiende que la victoria de su bando no justifica la política represiva y sectaria sobre los vencidos. En *Casi unas memorias* (1976) la guerra es sólo el telón de fondo en un escenario de intrigas políticas antes que de luchas bélicas. Las memorias de Ridruejo nos transmiten la impresión de que éste vivió la guerra en los despachos (como tantos otros autobiógrafos: Areilza, Laín, Sainz Rodríguez, Carrillo, etc.), pues el relato bélico propiamente dicho no aparece. Como responsable del Servicio de Propaganda del Movimiento Nacional, Ridruejo es consciente de haber vivido una guerra «regalada», en una campana de cristal y de espaldas a la crueldad del momento: «La guerra —mientras sucedían todas estas cosas banales— seguía devorando hombres y enlutando familias. Decididamente aquello de la propaganda era una frivolidad» (1976:179).

Sin embargo, cuenta muy bien, además de los prolegómenos de la guerra y del nacimiento de la Falange, la contradicción personal y de su partido, que, si bien en teoría, no rechazaba algunos presupuestos revolucionarios de izquierda (al contrario «pretendía —dice literalmente— asimilar las razones válidas del adversario»), acabó siendo el barniz ideológico y sindical del Movimiento para conseguir el poder y aplastar a un enemigo ya derrotado. Por esa razón, después de abandonar su puesto en el primer gobierno de Franco, se alistó en 1941 en la División Azul, como una forma, quizá, de liquidar al tiempo el sentimiento de frustración política, de fracaso ético

y de romper con una cotidianidad insatisfactoria; en fin, la guerra como salida. En el frente llevará un diario, *Los cuadernos de Rusia* (1978) en el que nos da, ahora sí, su verdadera experiencia como soldado en el frente de la Segunda Guerra. El diario reproduce, con precisión de crónica y no exento de lirismo, las durísimas circunstancias de la vida en el frente ruso y, al tiempo, el íntimo ajuste de cuentas a su inmediato pasado. Esta experiencia supuso para Ridruejo, si tenemos que creerle, una catarsis y el punto de partida de su conversión personal y política:

«Atroz para todos, pienso que la guerra es un poco menos atroz para el soldado, para el hombre como tal, si sabe encontrar en ella el valor que tiene su propio despojo de toda circunstancia adjetiva, el calor de la camaradería, el descubrimiento casi animal de la necesidad del «otro», la sobriedad e incluso el peligro. Todo esto depura y serena, cuando no «enriquece», como Machado diría. En pocas palabras diré que volví de Rusia deshipotecado, libre para disponer de mí mismo según mi conciencia y libre también de aquella angustiada situación de crisis...» (1977:234).

Los pasos siguientes de Ridruejo, como hombre y como opositor al franquismo, son conocidos, pero sin los meses en el frente de Rusia posiblemente la política de reconciliación y de tolerancia que desarrollará más tarde no hubieran tenido lugar.

Si hay un rasgo recurrente y destacado, que caracteriza el relato de Camilo José Cela en sus *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993), es el esfuerzo realizado por presentarse equidistante de los dos bandos de la contienda. Para él, fue una «salvajada vergonzosa y absurda», en que «rojos y nacionales» compitieron en «crueldad e incompetencia», de la que él tampoco se exime del todo, confesión que, como se sabe, es un buen recurso para seducir a los lectores y conseguir su aceptación. No encontramos en Cela ni una sola razón explicativa del porqué de la guerra que no apunte a la irracionalidad o al carácter de los españoles, lo cual parece poco o es demasiado simple como comprensión de los hechos. Como su maestro Baroja, defiende su derecho a mantener posiciones diferentes de las que llama las «minorías radicales y arribistas»; una singularidad que en aquellas circunstancias resultaba imposible:

«...yo no tenía nada que ver con nadie, a lo mejor me había equivocado pero quería salvar la vida, tampoco esto es así, lo que yo quería salvar era la conciencia o la soledad, los unos me resultaban más simpáticos o más odiosos por una razón, y los otros, por otra, yo me sentía intelectualmente de izquierdas, esto no se podía decir en zona nacional, socialmente conserva-

dor, esto no se podía decir en zona roja, y políticamente liberal, esto no se podía decir en ningún lado...» (1993:190).

Cela, como Baroja, que veía en los políticos la encarnación de todos los males españoles, se siente molesto de definirse ante los hechos, para terminar decantándose por el bando más afín al «hecho de vivir en el barrio de Salamanca», por ser «menos chapucero» y por tanto con más visos de ganar la guerra. Como tantos otros españoles, según sus convicciones políticas o sus humanísimos intereses (en este caso más lo segundo), después de una primera intentona frustrada, Cela cambió de bando, saliendo por Valencia hacia Francia y de allí a la zona nacional para alistarse como soldado. Las razones aducidas para el cambio no quedan claras. Es como si quisiera dejar este hecho de voluntad personal inequívoca en una nebulosa y ambigua determinación, pero sin invocar tampoco falsos heroísmos: «La situación era cada vez más incómoda, peligrosa lo había sido siempre, empiezo a pensar seriamente en pasarme a zona nacional, aún no sabía cómo, donde se comía en abundancia, reinaba el orden [¡] y no se cometían abusos ni persecuciones [¡!]» (1993:154). Con un tono sincero, que hace presuponer ciertos ideales o expectativas de mejora en el «paso», Cela confiesa que, a la vista de la arbitrariedad y de los desaguisados de la zona nacional, «pronto se me cayó el alma a los pies».

Quizá no cabía esperar de Cela un relato razonado de las motivaciones históricas de la guerra ni tampoco que renunciase a su estilo literario a la hora de enfrentarse a tan doloroso recuerdo (Cela en la primera parte de sus memorias, *La rosa*, reconocía que dolor y recuerdo son dos términos inseparables), pero creo que el tono elegido hace que el texto rechine (o hace rechinar mi sensibilidad) en determinados pasajes en los que el autor, echando mano de su conocido humor grotesco y de su poética tremendista, alude a hechos y personas sin asomo de piedad. Es sabido que uno de los veneros principales de la inspiración literaria de Cela es la guerra, y que ésta le ha proporcionado afortunados argumentos en sus libros de ficción. Sin embargo, el tratamiento hiperbólico o el regodeo cruel y escatológico, que serían digeribles en el marco de la ficción, aplicado a los sucesos y protagonistas reales de unas memorias, resultan menos aceptables pues, como tantas veces se ha dicho, en autobiografía el estilo siempre termina por revelar al hombre. Cela es consciente en muchas de estas ocasiones de estar sobrepasando cínica y «literariamente» los límites de la deontología de cronista, y de contradecirse además con lo anunciado en el prólogo del volumen («... no voy a pedir disculpas de nada porque no me avergüenzo ni me arrepiento de nada de lo que haya podido hacer...»). Pero, aunque uno no